

AGRESION, TERRITORIO Y DEFENSA: SU EVIDENCIA EN ARQUEOLOGIA*

Angela Alonso Sánchez
M.^a Isabel Ongil Valentín

Investigaciones en distintos momentos prehistóricos e históricos en las que surgen con frecuencia términos como «defensivo», «bélico», «territorialidad», nos han llevado a intentar un bosquejo de las relaciones entre tres factores naturales: *agresión, territorio y defensa*, de qué modo pueden desembocar en otro factor puramente cultural: *la guerra*, y cómo estos comportamientos se fosilizan en los restos arqueológicos.

El hombre, inserto en la naturaleza, comparte con los animales una agresividad biológica que vendrá desencadenada por estímulos ambientales según los cuales variará el tipo de agresividad: depredadora, territorial, de dominancia, maternal, disciplinaria, entre machos, inducida por el miedo, etc. De todos estos tipos de agresión el hombre, en razón de la Cultura, ha desarrollado unos más que otros y nosotros vamos a centrarnos en la agresión territorial, que puede definirse como un impulso inherente a conquistar y defender un territorio exclusivo, territorio que comprende el área de espacio, sea agua, tierra o aire, que cada animal o grupo de animales considera como de su exclusiva pertenencia¹ y tiende a defenderlo de los ataques provenientes del exterior. Nos encontramos, pues, con el tercer concepto que vamos a manejar: la defensa, limitada por la influencia de las respuestas culturales que el comportamiento agresivo humano tiene en los modelos de asentamiento².

Estamos de acuerdo con el Prof. Jordá³ en que la investigación de la agresividad en los tiempos prehistóricos debe basarse casi exclusivamente en conjeturas, debido a la falta de información directa sobre el problema. Los restos arqueológicos que poseemos de nuestros más primitivos antepasados, aunque escasos, nos permi-

* Este trabajo fue presentado como comunicación al I Congreso Internacional de Historia Militar, Zaragoza 1982.

¹ TRIGHAM, R. «Territorial demarcation of prehistoric settlements», en UCKO, TRIGHAM y DIMBLEBY (eds.) *Man, settlement and urbanism*. Londres 1972, p. 463.

² ROWLANDS, M.J. «Defence: a factor in the organization of settlements» en UCKO, TRIGHAM y DIMBLEBY (eds.) *Man, settlement and urbanism*. Londres, 1972, p. 447.

³ JORDA CERDA, F. «La agresividad en los tiempos prehistóricos» *I Curso monográfico sobre la agresividad y conflicto generacional*. Salamanca, 1979.

ten observar algunas señales de agresión en los restos óseos y en las pinturas rupestres. Desde los restos fósiles más antiguos hasta el Cromagnon están patentes síntomas de agresión física: cráneos perforados o golpeados, costillas atravesadas por puntas de sílex, miembros mutilados, bien por prácticas rituales caníbales, bien ocasionados en «batallas».

En el Neolítico cambia el tipo de agresividad en estrecha relación con un modo de vida radicalmente distinto y una sociedad de contenidos culturales diferentes. Con la aparición de la agricultura, la ganadería y el urbanismo se potencia un desarrollo de la territorialidad al producirse una reducción de la movilidad; es a partir de este momento cuando territorio, agresión y defensa van a estar conectados de una manera natural.

La guerra, como fenómeno cultural, se manifestará cuando el instinto defensivo de un determinado propietario territorial se vea amenazado por la violenta agresión de otro vecino territorial. Este intento defensivo será uno de los factores influyentes en la organización de los asentamientos ya desde el Neolítico ⁴. La evidencia de hostilidad y de guerra se documenta por la presencia de armas y restos de trabajos defensivos. Las armas son bastante escasas en este período y no es posible distinguir las claramente de aquellos útiles empleados única y exclusivamente para la caza; sin embargo, a partir del Neolítico Medio se incrementan las hachas de piedra y puntas, recordemos el ejemplo de la cultura de Lengyel ⁵. También aparecen las primeras estructuras defensivas conocidas: fosos, en las ciudades rumanas ⁶, empalizadas, muretes, torres, etc., como ejemplos más característicos podemos señalar las ciudades fortificadas de Dimini, Jericó, Megido, mención especial merece el caso de Çatal-Hüyük, que si bien carece de murallas, la organización de sus viviendas, adosadas unas a otras como celdas de un panal, a las que se accedía desde los tejados, hace que sea casi inexpugnable.

Está claro que mientras el alcance de las armas utilizadas en los tiempos neolíticos era extremadamente limitado, las hostilidades interpoblacionales o interregionales podían, al menos, haber sido bastante espaciadas ⁷, en cambio al incrementarse los lugares fortificados y complicarse los sistemas defensivos desde fines del Neolítico y en el Calcolítico, caso de Los Millares en España, se nos sugiere un aumento de los conflictos bélicos y su extensión a diferentes sociedades.

La aparición del metal y su aplicación en el armamento supuso un cambio profundo en la concepción de la guerra y, en consecuencia, las respuestas culturales dadas al problema de la defensa serán diferentes a las del período anterior. Se juega con una serie de variables que se interrelacionan de manera más compleja que en etapas precedentes: topografía, materiales, técnica, tácticas militares y armas. El rasgo más característico de este momento son los lugares fortificados, lo que es aplicable tanto a la Edad del Bronce como a la del Hierro. Se ubican preferentemente en posiciones estratégicas, pero no puede hacerse una clasificación dada la amplitud del fe-

⁴ ALONSO SANCHEZ, A. «Los campamentos romanos como modelo de asentamiento militar: Cáceres el Viejo» *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia*, Cáceres, 1981 (en prensa).

⁵ MILISAUSKAS, S. *European Prehistory*, Academic Press, 1978, p. 179.

⁶ MILISAUSKAS, S. Op. cit., p. 162.

⁷ RENFREW, C. *The emergence of civilisation*. Londres 1972, pp. 390-399.

nómeno, ya que sólo en áreas regionales encontramos características comunes. Junto a la elección del emplazamiento, un factor muy influyente es el tipo de material susceptible de ser utilizado en la construcción de las fortificaciones, lo que repercutirá en el tratamiento que el arqueólogo empleará en la excavación y estudio, puesto que si las murallas están levantadas con piedra es mucho más fácil que se conserven en pie o que los restos que de ellas permanezcan sean mucho más palpables que si la piedra alternaba con la madera o ésta es el único elemento empleado, y en este caso es probable que los únicos restos visibles sean los hoyos de los postes, o los huecos que la madera ha dejado entre la piedra al desaparecer con el paso del tiempo.

Del Calcolítico en la península Ibérica se levantan las murallas de Lugarico Viejo y Fuente Vermeja en el S.E.; Mola de Serelles en el Levante; Vilanova de San Pedro y la torre de Casal de Zambujal en Portugal⁸, y Castillejos I en Fuente de Cantos, Badajoz.

Ya en el Bronce pleno entre los ejemplos más representativos y conocidos están los del Bronce micénico y anatólico: Micenas, Tirinto y los diversos recintos de Troya⁹.

Los poblados de la Edad del Hierro son sobradamente conocidos por la mayoría de los investigadores: las impresionantes fortificaciones de Alesia y otros *oppida* galos, la gran complejidad que alcanzan los sistemas defensivos en Inglaterra y Gales, hasta llegar a los castros de la Meseta y Extremadura y los recintos fortificados de la Bética en nuestro país¹⁰.

Desafortunadamente se ha hecho más hincapié en las excavaciones de necrópolis, descuidando los asentamientos. Sin embargo, los cementerios nos proporcionan también datos inextimables sobre la violencia: una más alta mortalidad entre los jóvenes varones adultos que entre las mujeres de la misma edad sería indicativo de una situación bélica¹¹. Al mismo tiempo, la diversificación del armamento que aparece en estos momentos puede interpretarse en el mismo sentido, pero sin olvidar que las armas eran una marca esencial de status para un hombre rico e importante; las ricas tumbas de guerreros pueden interpretarse en un doble sentido, en primer lugar, como signo de actividad guerrera frecuente, en segundo, como símbolo de jefezuelos o aristocracias militares que tratan de mantener su prestigio incluso después de la muerte, reflejo de ello serían, por ejemplo, las estelas decoradas del S.W. peninsular¹².

En el contexto prehistórico en que nos movemos advertimos como la colectividad vive en un estado de hostilidad perpetua con los grupos limítrofes sin encontrar-

⁸ ARRIBAS, A. «El urbanismo peninsular durante el bronce primitivo» *Zephyrus*, X (1959) pp. 83-112.

⁹ MILISAUSKAS, S. Op. Cit., p. 233.

¹⁰ Cfr. para el caso inglés, entre otros: FORDE-JOHNSON, J. *Hillforts of the Iron Age in England and Wales*, Liverpool 1976; cfr. para Extremadura: ONGIL VALENTIN, M.I. *Los asentamientos de la Edad del Hierro al S. de la provincia de Cáceres*. Tesis de Licenciatura (inédita). Cáceres 1981; cfr. para Andalucía: FORTEA, J. y BERNIER, J. *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca, 1970.

¹¹ HILL, J.M. «The methodological debate in contemporary archaeology: a model», en CLARKE (ed.) *Models in Archaeology*. Londres 1972, p. 81.

¹² ALMAGRO GORBEA, M. *El Bronce final y el período orientalizante en Extremadura*, Madrid 1977. ALMAGRO BASCH, M. *Las estelas decoradas del SO. peninsular*. Madrid, 1966.

se, sin embargo, envuelta en operaciones militares de envergadura. Esta situación es la que conocemos como guerra endémica o guerra primitiva, que llega a constituirse en una parte establecida en la vida de dos comunidades. Se desarrolla en forma de correrías o de batallas acordadas, y puede ir desde simples encuentros casuales en los que se intercambian algunos golpes e injurias, hasta operaciones de mayor importancia en las que gente es asesinada o capturada, tierras y animales cambian de propietario y se rompe la monotonía de la vida cotidiana. Aparte del sentimiento lúdico primitivo de este tipo de guerra, que en su primer momento no podemos desligar de la actividad cazadora, según se complica la estructura social con la sedentarización, se añaden connotaciones religiosas e, incluso, económicas; en la guerra primitiva se pone más énfasis en los efectos sobrenaturales, en contraste la guerra no ritual es corta, violenta y sangrienta y causa desastres económicos mayores¹³.

Poco a poco la guerra primitiva evoluciona rápidamente hacia unos refinamientos que suponen un régimen social más estable o más complejo. En el momento en que se comprueban las leyes de la guerra y ésta muestra su propio instrumento: las tropas adiestradas y disciplinadas, ya no se puede hablar más de guerra primitiva sino de guerra de conquista. En la primera los grupos que se oponen están en equilibrio, en tanto que la guerra expansiva o de conquista está impulsada por un grupo poderoso que intenta ganar tierras, esclavos, botín o poder a costa de otras culturas. La codicia, el deseo personal de engrandecimiento, la necesidad de los estados de mantener ocupados y remunerados a sus ejércitos, así como el fervor religioso son otras posibles causas motoras.

Es bien sabido que los imperios se constituyen por conquista, es decir, por la anexión de territorios y poblaciones como resultado de una victoria. La historia de Roma, la del Islam, la de los conquistadores mongoles, la de los aztecas o los incas se presentan paralelas en este sentido.

Tomemos como ejemplo el caso de Roma que es el que aparece más próximo a nosotros.

En Roma vemos evidencias todavía de la guerra primitiva, de esa guerra ritual o ceremonial, ejemplos como el rapto de las Sabinas que aunque leyenda nos muestra esta pervivencia de una guerra necesaria para la vida cotidiana de una aldea. Pero pronto vamos a encontrar los comienzos de esa guerra de conquista que hará de Roma un gran imperio, las luchas con los pueblos italianos, etruscos, samnios, umbros y picanos; ahora bien, si esta guerra de conquista se desplegó a lo largo de seis siglos, no por ello dejó de comportar unas diferencias profundas en lo que se refiere a los agentes y los móviles según las épocas, en consecuencia las evidencias arqueológicas variarán. Así, en los siglos IV y III a.C., partiendo de unos vanales conflictos de vecindad, una colectividad política, el Senado, edificó sobre las tierras peninsulares una Italia romana que no tardó en romper el marco territorial de la ciudad estado original¹⁵, de este modo pasamos a un tipo de guerra más organizado que podríamos denominar guerra imperial, estamos ya en el Alto Imperio, la guerra deja

¹³ ORME, B. *Anthropology for Archaeologists*. Londres 1981, p. 198.

¹⁴ ORME, B. Op. cit. p. 201.

¹⁵ HARMAND, J. *La guerra antigua de Sumer a Roma*. Madrid 1976, p. 48.

de presentarse como una serie de escaramuzas o emboscadas, como sucede entre tribus desprovistas de instituciones complejas y estables.

La guerra imperial es pacífica y civilizada. Integra a los pueblos subyugados en una organización más vasta y evolucionada. El Imperio acrecienta su tesoro, sus recursos, sus tropas, es decir, que el desequilibrio aumenta más todavía entre él y las colectividades sin disciplina que lo rodean. Sin embargo, la anexión tiene como consecuencia feliz la promoción del vencido a la vida política, al orden administrativo. En cuanto a la operación militar que a veces fue necesaria para la absorción de la colectividad, representa una clase de guerra cuya salida no es nunca dudosa, ya que la potencia imperial supera a sus sucesivos adversarios por el número de tropas, por su disciplina, su armamento, por la ciencia militar, de manera general por el conjunto de sus recursos materiales, financieros y morales¹⁶.

La expansión del imperio a través de esta guerra de conquista sólo se verá detenida por factores geográficos o por la estrategia del enemigo, frente a los cuales los romanos opondrán una firme tradición militar que dará origen a una ciencia tan perfeccionada como es la castramentación, ya que los campamentos constituyen el elemento más claro y definitorio de la estrategia militar romana, y junto con los fortines y murallas son la clave para entender el concepto que de la defensa tenían los romanos.

Los fortines no son fácilmente localizables por haber sido construidos en su mayoría con materiales perecederos. Sus características más acusadas son su pequeño tamaño y es estar ubicados bien en lugares elevados como el Castillo del Puerto (Cáceres)¹⁷, bien en lugares estratégicos en razón de las comunicaciones, como el fortín de la Calzada de la Plata, cerca de Béjar (Salamanca)¹⁸.

En las murallas de las ciudades se distinguen dos períodos. Las de la República y Alto Imperio, que corresponde a la etapa ofensiva de Roma, cuentan con numerosos vanos y su espesor es mínimo si lo comparamos con las que más tarde veremos del Bajo Imperio. Las murallas de Servio Tulio en Roma son fiel reflejo de este momento; en Gran Bretaña contamos con las de *Londinium* que se fechan a finales del s. II o principios del s. III; en *Hispania* son en su mayoría de planta campamental, las de *Caesaraugusta*, *Carmo*, *Olisipo* y *Bracara Augusta* son de esta época¹⁹.

Los campamentos de época republicana son de planta cuadrada y el *praetorium* se sitúa en uno de los extremos del campamento, mientras que en el Imperio son rectangulares y el *praetorium* está en el centro. Pero en *Hispania* tanto republicanos como imperiales son de planta rectangular: los de Numancia, Cáceres el Viejo, Castroalbón en León, Sasamón en Burgos, los de Rosino de Vidriales en Zamora y el campamento de *la Legio VII Gemina* en León²⁰.

¹⁶ CAILLOIS, R. *La cuesta de la guerra*. México 1972, p. 28.

¹⁷ HURTADO, P. *Castillos, torres y casas fuertes de la provincia de Cáceres*. Cáceres 1925, p. 251.

¹⁸ ROLDAN HERVAS, J.M. *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata*. Salamanca 1971, p. 68.

¹⁹ Cfr. para Roma, entre otros: TODD, M. *The walls of Roma*. Londres 1978; cfr. para Gran Bretaña, entre otros: COLLINWOOD, R. y RICHMOND, I. *The archaeology of Roman Britain*. Londres 1980, p. 102; cfr. para España, entre otros: BELTRAN MARTINEZ, A. «Caesaraugusta» *Symposium de ciudades augusteas*. Zaragoza 1976, pp. 230-245; TARACENA, B. «Las murallas romanas de Carmo» *A. Esp. A. XV*, p. 351 ss.; cfr. para Portugal: ALARCAO, J. *Portugal romano*. Lisboa 1974.

²⁰ Consideramos que estos campamentos son sobradamente conocidos y el dar aquí la bibliografía de cada uno de ellos sería demasiado extenso.

El campamento romano como asentamiento militar fue a la vez un enclave ofensivo y defensivo; ofensivo ya que va a atacar un territorio ajeno mediante la conquista; defensivo puesto que el campamento es un pedazo de la patria y hay que defenderlo.

Patria altera militaris est haec sedes, vallumque pro moenibus et tentorium suum cuique militi domus ac penates sunt ²¹.

En todos estos restos arqueológicos vemos clara la conexión entre los tres factores a los que se refiere nuestro estudio: agresión, territorio y defensa. La idea de territorio la encontramos ya en la República y se mantendrá a lo largo de todo el Imperio; esta idea está fielmente expresada en la aseveración del general Paulo Emilio en la guerra de Macedonia que hemos señalado anteriormente y traerá consigo el nacimiento de un fuerte sentimiento de «patriotismo», la patria, Roma, se convierte para el legionario en un compromiso emocional bastante complejo, unido por otra parte a la lealtad a los jefes, con lo que el sistema militar romano se convertirá en un sistema fuerte y disciplinado, fiel reflejo de ello son todas estas obras defensivas que jalonarán el Imperio, dando imagen de fuerza y cohesión.

Esta situación, que podríamos denominar de euforia ofensiva, cambia ostensiblemente en el Bajo Imperio. Roma se pone a la defensiva, el ejército es reformado en su composición, el *limes* que separaba el Imperio de los bárbaros, aunque ya existía en el Alto Imperio, ahora se constituye en una verdadera frontera con fuertes murallas y grandes contingentes de tropas; los campamentos se multiplican, se crean verdaderas fortalezas, las ciudades se amurallan aprisa, bien construyendo murallas de nueva planta, o reconstruyendo las de siglos anteriores. De esta situación de intranquilidad dan prueba la ingente cantidad de restos arqueológicos, murallas y campamentos, de este momento.

Las murallas de los recintos urbanos de esta época tienen unas características muy claras:

1. Reducción de su perímetro y aumento del número de torres.
2. Construcción heterogénea a base de amontonamiento de restos arquitectónicos o esculturales procedentes de edificios anteriores.
3. Incorporación a la línea del recinto de monumentos preexistentes.

Poseemos numerosos ejemplos, las murallas de Roma construidas por Marco Aurelio es el más característico; en Italia se encuentran además las Aosta y Milán; en las Galias, Burdeos, Senlis, Estrasburgo, Treveris, etc.; en Gran Bretaña, Colchester y Caerwent; en Portugal, *Conimbriga* y Evora; en España hay que distinguir dos estilos: el legionario con algunos rasgos arcaizantes relacionados con la planta campamental, así como las de *Lucus Augusti*, *Asturica Augusta*, *Castra Legionis VII Geminae*, *Gerunda* y *Caesaraugusta*. El otro grupo es más tardío con influencia de la murallas aureliana y lo encontramos representado en las murallas de *Barcino* y *Caurium* ²².

²¹ T. LIVIO. *Ab urbe condita*, XLIV, 39, 5 (ed. W. Heinemann). Cambridge, 1968.

²² Cfr. para Roma e Italia, entre otros: TODD, M. Op. cit. pp. 69-85; para Gran Bretaña: COLLINWOOD, R. y RICHMOND, I. Op. cit. pp. 97-102; cfr. para Hispania: BALIL, A. «La defensa de Hispania en el Bajo Imperio» *Zephyrus*, XI (1960), pp. 179-197.

En cuanto a los campamentos, entre los más significativos, en el *limes* danubiano están situados los campamentos atrincherados de *Lauriacum*, *Vindobona*, *Car-nuntum*, *Viminacium*, etc.; en el *Limes* de *Britania* los campamentos van a ser sustituidos por una serie de fortalezas que reforzarán la gran muralla de Antonino²³.

Resumiendo, hemos intentado ver como al evolucionar los conceptos de territorio, guerra y defensa, sus manifestaciones materiales han sufrido al mismo tiempo una serie de cambios. Las evidencias más claras para la Arqueología son las siguientes:

a) Armamento, tanto proveniente de hallazgos aislados o de poblados como los de necrópolis.

b) Restos de poblaciones destruidas.

c) Todo tipo de trabajos defensivos: zanjas, fosos, terraplenes, murallas, etc.

d) Una más alta mortalidad entre jóvenes adultos varones que entre las mujeres de la misma edad.

Todo considerado en relación con el tipo y la intensidad de la guerra de cada pueblo y el momento en que se ha producido.

Este esquema general no es ni mucho menos rígido ya que, aunque a través de los restos arqueológicos podemos interpretar unos comportamientos culturales de la guerra, la defensa de un territorio no siempre significa la construcción de barreras físicas y, en todo caso, éstas no siempre suponen haber sido construidas para defender un territorio de los ataques humanos y la presencia de armas no tiene porque llevar implícito un carácter de agresión, sino ritual o de diferenciación social.

²³ HOMO, 1. *El Imperio Romano*, Madrid 1980, pp. 214-220.